

*Crónica de la población de Ávila*. Ed. crít., introd. y notas de Manuel Abeledo. Seminario de Edición y Crítica Textual “Germán Orduna”, Buenos Aires, 2012; liv + 116 pp.

Como parte del trabajo que se realiza en el Seminario de Edición y Crítica Textual “Germán Orduna” y al cobijo de la revista del mismo órgano, *Incipit*, se publicó esta nueva edición crítica de una crónica bien conocida, al menos en parte, por los lectores académicos, pero pocas veces vista en su conjunto. Luego de una historia editorial que inicia algo tarde y que se concentra en las páginas de revistas especializadas (en el *Boletín de la Real Academia de la Historia* en 1913 y en 1943), es hasta la edición de Amparo Hernández Segura en Anúbar, en 1966, que la crónica despierta la atención de algunos lectores por uno de sus aspectos secundarios: la conservación del cantar paralelístico de Çorraquín Sancho, uno de los primeros de los que se tenga noticia en la zona castellana. La crónica, como señala Manuel Abeledo en esta edición (p. xvi), pese a su interés local como protagonista de las necesidades políticas de su circunstancia, debió haber llamado más la atención por otras razones de mayor peso: se trata del único testimonio historiográfico prealfonsí en lengua vulgar del siglo XIII (1256); por su origen, un memorial de servicios –y, a ratos, verdadera relación épica de las gestas

de los abulenses en favor de Castilla— para solicitar a Alfonso X los fueros de la villa, podemos hallar en esta crónica un precursor del imaginario de una literatura caballerescas emergente donde se cruzan ficción y crónica sin solución de continuidad y, muy a menudo, el cronista cede su lugar a los personajes para que sean ellos mismos quienes se presenten al lector por medio de animados diálogos (y, como ya sabemos bien, caben hasta canciones al estilo de “Cantan de Roldán, cantan de Olivero...”, p. 26). Vale, por supuesto, recordar aquí el entusiasta juicio de Fernando Gómez Redondo en su siempre imprescindible *Historia de la prosa medieval castellana*: “bajo la apariencia de un relato histórico se encubre una verdadera colección de «exemplos» y de «estorias» caballerescas, que giran en torno a la construcción de una identidad castellana y a la defensa de sus valores esenciales” (t. 1, p. 170; por cierto, el análisis de las estrategias literarias de la crónica realizado por Gómez Redondo en las pp. 170-180 de su *Historia* no tiene desperdicio y abre boca para la lectura y el disfrute de esta edición). Llama la atención, frente al moderado interés que ha despertado a lo largo del siglo xx, su intensa recepción posterior, conservada en cuatro manuscritos, uno incompleto de la primera mitad del xvi, otros dos de finales y uno más de finales del xviii, con un sistema de glosas que ha sido estudiado previamente por el mismo editor, donde pueden apreciarse las políticas de lectura respecto a las crónicas locales.

El texto crítico se compone de las lecciones del manuscrito más completo y arcaizante, cuyas grafías podrían recuperar con mayor fidelidad las del modelo previo del cual se hizo el traslado. Se trata de un dato de no poco valor si consideramos que la fecha original de la *Crónica de la población de Ávila* se remonta a 1256 y el manuscrito usado como texto base es de 1590. En todo caso, de acuerdo con el *stemma codicum* trazado por Abeledo, el ms. A es uno de los más cercanos al original (junto al ms. B, cuyo principal defecto es haberse conservado incompleto). El registro de variantes fue selectivo, de modo que se presentan rigurosamente aquellas que no son de forma y que contribuyen, en muchos casos, a la corrección del texto crítico; decisión atinada si se considera que el polimorfismo gráfico de testimonios tardíos, del siglo xvi al xviii, permite adelantar resultados tan apabullantes como frustrantes para el lector, quien puede sucumbir fácilmente ante un aparato no discriminado de variantes. Con miras a mejorar la experiencia de lectura, las variantes compiladas aparecen al final y pueden seguirse por medio de una llamada numérica en el texto crítico, aunque se comentan ampliamente en el aparato de variantes a pie cuando la enmienda lo requiere. El texto crítico que emana de la lectura de cuatro manuscritos, distantes al momento de composición de la crónica (1256) y, entre ellos mismos, por lo menos tres siglos, tenía que resultar complejo. Aunque, desde una perspectiva teórica, los problemas de transmisión se resuelven por el *stemma codicum*, en la práctica

se trata de un texto crítico realizado de forma artesanal donde cada decisión textual se presenta amplia y debidamente justificada. Para la formación del texto, Abeledo ha seguido “una serie de criterios fijos para elegir entre variantes” (p. xxxiv) que resume en cinco puntos: 1) se atiende el *stemma*, se consideran correctas las coincidencias entre [A B], [B, C, D] y, cuando falta B, por ser un manuscrito incompleto, [A, C] o [A, D]; 2) se descartan errores obvios (saltos *ex homoioteleuton*, concordancias de persona, género y número, lecciones confusas, etc.); 3) se prefieren los arcaísmos, que aparecen “de manera oscilante, con tendencia a ser modernizados” (p. xxxv); 4) se atiende el *usus scribendi* del testimonio A; 5) en el caso de coincidencias dentro del mismo nivel del *stemma* ([A, B] *vs.* [C, D]), se prefieren respectivamente las lecciones de las ramas más altas (en el caso de [C, D], por ejemplo, se prefiere C por su fecha de composición). La cercanía en el tiempo de tres de los testimonios [A, B, C] permite, en todo caso, ciertas libertades con el propósito de mejorar la experiencia de lectura, de modo que el capitulado procede, en gran parte, del testimonio B, así como muchas lecciones innovadoras, pero que pueden defenderse al aplicar los criterios de, por ejemplo, *usus scribendi*. En la práctica, la lectura de la crónica puede volverse una aventura apasionante para el filólogo, porque cada llamada a pie es una pequeña demostración del conocimiento acumulado a lo largo del proceso editorial y un menudo despliegue de ingenio ecdótico. Desde el principio, el lector se encuentra frente a un doble aparato de notas (que se vuelve cuádruple muy pronto): las llamadas alfabéticas conducen a notas, tanto de crítica textual, donde se ilustran profusamente los problemas advertidos en la compulsión de los cuatro testimonios, como a notas de contenido diversas (que pueden clasificarse en, al menos, dos tipos: aquellas en las que se da cuenta de los avances de la crítica y aquellas que sirven para registrar las glosas marginales de los manuscritos, casi todas procedentes del manuscrito C); las llamadas numéricas remiten a un registro descriptivo final de variantes que no afecta, de forma decisiva, el texto crítico. Para el interesado en la *Crónica de la población de Ávila*, el interés puede resultar variable, pero el tipo de notas que primero cautivarán al filólogo son aquellas en las que Abeledo explica la formación del texto crítico, fácilmente identificables por empezar siempre con la lección aceptada del texto en cursivas. Ya desde la primera página, por ejemplo, en “E aquellos que sabían catar de agüeros entendieron que eran buenos para poblar allí, e fueron poblar en la villa lo más cerca del agua”, se presenta la variante *sabían B vs. solían A C D*; Abeledo resuelve en este caso por el *usus scribendi*: “en el texto aparece el agüero ligado al verbo «saber» en el episodio de Enalviello, en página 35. Por otro lado, el verbo «soler» no tiene apariciones en la crónica” (p. 3, nota f); en la misma frase, otra variante (*poblar en la villa A C D vs. poblar la villa B*) se resuelve por el análisis del *usus scribendi* y la semántica: “la preposición

«en» aparece con el verbo «poblar» más adelante en este capítulo, y resalta el lugar donde deciden poblar sobre el acto mismo de la población, que está en la idea de la frase” (p. 3, nota g). Incluso algunas grafías simples merecen una discusión: la elección de *hueste* ante el cuadro de variantes (*hueste* B D: *guesta* A: *huste* C) queda debidamente justificada por la nota: “la forma de A no aparece documentada hasta el s. XIV, mientras que la forma «hueste» es sumamente habitual en el s. XIII”; p. 11, nota d). Esta forma de construcción del texto crítico, artesanal y altamente casuística, implica mucho tiempo y esfuerzo por parte del editor, quien no ofrece resistencia cuando los argumentos se terminan, como en el caso del topónimo “un lugar que dizen el Rostro de la Coliella”, en cuya nota declara “no encontré el topónimo en otro lugar que no fuera o proviniera de la crónica. Elijo esta variante por ser la del manuscrito base, y por haber sido dada por cierta hasta ahora” (p. 7, nota f). Es cierto que en la tradición filológica no faltan herramientas para presentar esta misma realidad de forma económica (por ejemplo, *Rostro A cett. et edd. hapax: Rastro B*), pero Abeledo ha optado, con mucho tino, por presentar su argumentación con la mayor claridad, lo cual, en parte, beneficiará mucho al historiador, lector inminente de la *Crónica de la población de Ávila* menos acostumbrado a interpretar las convenciones del aparato crítico de las ediciones filológicas. El grado de atención a los detalles de Abeledo nunca decepciona, aunque puede resultar, a ratos, agobiante para el lector que de forma sistemática siga la llamada a nota: en “E trasnochó e vínosse para Ávila, e falló toda la verdad de cómo fue el hecho”, “el” se acompaña de la siguiente nota: “la referencia engloba todo el suceso, por lo que el valor de «hecho» como sustantivo es más adecuado que el de verbo” (p. 9, nota f), con lo que descarta la misma lección con tilde (“cómo fue él hecho”). Si el lector es paciente, su recompensa será una experiencia de lectura muy aleccionadora y una magnífica oportunidad para apreciar, sobre la marcha, el peso que tiene el análisis de los argumentos a favor y en contra en cada una de las elecciones/decisiones que conforman, en su conjunto, el texto crítico.

Respecto a las grafías del texto crítico, se sigue un doble criterio: la grafía de referencia se toma del testimonio más arcaizante, el ms. A, pero se regulariza de acuerdo con los criterios explicitados por Alberto Montaner en su edición del *Cantar de mio Cid* del 2007 (por otro lado, criterios en concordancia con los de la colección donde se publica). Del mismo modo, se regulariza la acentuación de acuerdo con las convenciones de pronunciación del período y la puntuación se reparte según criterios prosódicos. Pese a que dichos criterios lindan con las intenciones de una edición divulgadora (como puede ser leída la versión regularizada de Montaner, por ejemplo, en alguna edición desprovista del aparato erudito de rigor), la página que presenta Manuel Abeledo luce recargada por las numerosas llamadas del aparato de notas y

la indicación, en tipos volados, del cambio de folio de cada uno de los testimonios. Ante el arsenal de variantes, notas de contenido e indicaciones codicológicas que acompañan el texto, aligerarlo en lo posible del peso de las grafías también resulta una decisión acertada.

La presencia de las notas de contenido es, proporcionalmente, menor, pero cada una de ellas es un pequeño estado de la cuestión que mejora la percepción de aquellas características que han llamado la atención de la crítica (como sería de esperarse, historiográfica en su gran mayoría) de forma expedita y oportuna, paralelamente a la lectura del texto. Así, con la economía y la precisión que requiere una nota a pie de página, Abeledo pasa lista al tema de los agüeros y su relación estrecha con el horizonte caballeresco (p. 5, nota d; p. 34, nota b) e, incluso, religioso (p. 22, nota d); la configuración de una toponimia basada en la historia local, lo que de algún modo le confiere al texto un valor de verdad superior al que podrían validar otros indicios, como fechas o coincidencias históricas (por ejemplo, p. 8, nota c; p. 23, nota d; p. 38, nota b); el trasfondo político desde perspectivas variadas, como la legitimidad antigua de varios privilegios (p. 10, nota f); la emergencia de una clase comerciante (p. 18, nota c); las disputas entre los linajes abulenses (pp. 19-20, nota f); la preocupación por la pureza de sangre (p. 20, nota d), etc.; el desarrollo de algunos núcleos narrativos, como sucede con la oposición de Ávila a aceptar la soberanía del rey de Aragón y la interpretación que puede darse a sus distintos giros narrativos (pp. 11-12, nota e; p. 12, nota e; p. 14, nota f; p. 15, nota g; p. 16, nota f; p. 17, nota c); la historia de Çorraquín Sancho (p. 25, nota a; pp. 26-28, nota d) o la de Enalviello, de naturaleza más literaria que histórica (pp. 32-33, nota a); el reinado de Fernando II (pp. 39-40, notas e y f) y los demás seleccionados. Todo esto, al hilo de una trama con una cronología algo laxa, cuyas licencias pueden entenderse por una manipulación política de la historia o, como lo plantea Abeledo apoyado en la autoridad de Fernando Gómez Redondo (pp. 10-11, nota h), por el afán de reunir una serie de momentos memorables y con ello llamar favorablemente la atención del monarca. El tratamiento detallado en nota de varios temas relativos a la investigación y al análisis del texto explica, al menos en parte, que la "Introducción" de Abeledo esté destinada, de forma casi exclusiva, al tratamiento de problemas de ecdótica, eje sobre el que gravita el resto de los componentes de la edición. El estado de la cuestión de la crítica acertadamente se resuelve, de forma oportuna y económica, en paralelo con la lectura del mismo texto.

Abeledo destina un tercer tipo de notas (aquellas que inician con "En C aparece la glosa..." o "En C, G3 glosa...") al registro minucioso de las glosas del ms. C y cuyo estudio publicó antes (*Incipit*, 30, 2010, pp. 111-132). Debido a su naturaleza tardía y a su orientación concreta, me parece que el detallado registro de *marginalia* no suma mucho a la edición, como puede deducirse, creo, del tratamiento que hace el

mismo Abeledo del material, quien se contenta con transcribirlas puntual y selectivamente, sin ninguna ampliación de tipo hermenéutico. El interés de dichos epitextos resultará limitado para alguien atraído por la crónica abulense, aunque podría incrementarse para aquellos lectores que busquen datos sobre los lectores del siglo XVI especializados en una historiografía local (como presenta el tema Abeledo en el artículo comentado).

Con una numeración consecutiva, Abeledo registra en un aparato final 1079 variantes (pp. 99-108); se trata de un número elevado, pero comprensible si tenemos en cuenta la distancia cronológica entre el original y las copias tardías. La numeración consecutiva permite leer, al mismo tiempo, el texto crítico y las variantes acumuladas en las últimas páginas, pero a menudo puede prescindirse de ellas, porque las más relevantes para la formación del texto crítico se indican a pie de página. Pese a su abundancia, como declara el editor, no se trata de un aparato exhaustivo, sino de la selección de aquellas variantes “que no sean meramente de forma” (p. xxxiv). Las variantes muestran, con cierta regularidad, el arcaísmo gráfico del ms. *A* (por ejemplo, “vieron los moros ó yazían cerca del río”, ó *A*: *que B C: do D*; p. 7, nota 33), pero también mucha fluctuación en los distintos testimonios respecto al conservadurismo o a la innovación; así, en el ms. *B* conviven con igual fuerza las soluciones conservadoras (por ejemplo, “e aduxéronlo” en *B* y en el texto crítico, pero *dixeronle A, trujeronle C, duxeronle D*, p. 13, nota 63; sobredichos en *A C D* y en el texto crítico, pero *suso dichos* en *B*; p. 6, nota 17) que las innovadoras (*entrarién* en *A C D* vs. *entraria* en *B*, p. 14, nota 89; *soterrados* en *A C D* vs. *enterrados* en *B*, p. 29, nota 222), más un buen número de errores de lectura (ouieron *A B*: vieron *C D*; embiaron *A C D*: obraron *C*; fuyó *A B D*: fayó *C*; vergüenza *A B D*: vengança *C*; etc.). En todo caso, en la descripción de los manuscritos, Abeledo presenta una buena caracterización de cada uno: mientras *A* parece el más respetuoso con el modelo medieval (es el único testimonio que comprende el adverbio locativo “y”; p. xx), *B* tiende a la modernización, aunque conserva lecciones arcaizantes que proveen en varias ocasiones de enmiendas al texto crítico (p. xxi); *C* podría ser una copia de *A* (eso propone Hernández Segura, pero Abeledo no está muy seguro de ello; p. xxii) en la que se advierte una tendencia a no comprender formas arcaicas; p. xxiii; *D*, por su parte, cercano a *A*, moderniza la grafía, pero respeta léxico y sintaxis (p. xxiv).

La cuidadosa confección de distintos planos de lectura del texto crítico gracias a los generosos aparatos de notas que he comentado, permite a Manuel Abeledo una “Introducción” (pp. xiii-liv) concisa en su forma (de apenas una treintena de páginas) y concentrada, por su intención, en la tradición textual. Ahí, luego de presentar una justificación sucinta de su edición, de la datación de la crónica y de su posible autoría (pp. xv-xix), puede pasar de inmediato a los resultados de

la etapa de *fontes criticae* y de la *collatio codicum*. Tras la descripción de los cuatro manuscritos conservados (*A B C D*) y de las ediciones modernas (de sus fallas y sus virtudes), pasa al análisis de las relaciones entre los testimonios para proponer, al final, un *stemma codicum* dividido en dos subramas (*B vs. A C D*) derivadas de un modelo anterior (una familia alfa) cuya función principal es, de acuerdo con el método, proponer vías válidas de reconstrucción para el texto crítico. Dado que *B* se conservó parcialmente, se toma como referencia el testimonio de las ramas más altas de la familia *A C D*; es decir, *A*. En la práctica, como hemos visto, ninguna decisión se toma de manera mecánica, de modo que el *stemma* sólo funge como guía.

Esta nueva edición de la *Crónica de la población de Ávila* resulta aleccionadora en muchos sentidos: nos pone sobre la pista de una historiografía romance prealfonsí que, en más de una ocasión, hemos dejado de lado y que, si le concediéramos algo de tiempo, tendría mucho que ofrecer y enseñarnos desde la perspectiva de la madurez alcanzada dentro de la historiografía latina y romance, matriz de muchas de las estrategias narrativas que florecerán después en la literatura moral alfonsí y postalfonsí; propone además un sólido ejemplo del arte de editar y del equilibrio necesario entre el método y la agudeza filológica del editor, que no duda en echar mano, cuando así se requiere, de las herramientas más modernas (la página web de *Philobiblon*, mantenida por Charles Faulhaber, Ángel Gómez Moreno, Antonio Cortijo Ocaña y A. Moll Deux para la descripción de los testimonios y el Corpus Diacrónico del Español, *CORDE*, para los índices de frecuencia léxica y grafológica) o arriesgar una hipótesis insegura contra la decisión mecánica.

ALEJANDRO HIGASHI

Universidad Autónoma Metropolitana - Iztapalapa